

Un nicho para Marilyn

Miguel Anxo Fernández



“Un mundo que les deificará más allá de la muerte. La dama de negro seguirá visitando año tras año la tumba de Rodolfo Valentino, en Memphis se venderán estatuas en plástico de Elvis Presley, más famoso hoy que nunca lo fue en vida. Esta permanencia del mito más allá de la muerte hará que el culto por James Dean o Judy Garland provoque que sus adoradores roben sus fotos en los archivos, bibliotecas y museos. Todas ellas, las estrellas, las que fueron y las que aún brillan, son propiedad de los espectadores; su vida y sus imágenes son públicas”.

LUIS GASCA

“Marilyn Monroe murió a merced de aquellos que creían que su misión era salvarla, no por el bien de ella sino por el de ellos. Querían poseerla. La muerte de Marilyn Monroe da nuevo significado a la expresión California Bárbara”

DONALD SPOTO

Introducción

No me llaman como me pusieron...

No me llaman como me pusieron, que tampoco mi verdadero nombre tiene mayor interés. Es así por mucho que extrañe. Pero antes de meterme en harina, permitan que me presente: para mis parientes de Muros soy Paco (tía Castora, que pasa de los noventa, todavía me llama con el Fuquiño de cuando niño), y para mis clientes soy Frank, Frank Soutelo. Lo de Soutelo me lo apropié porque suena bien y también en homenaje a mi padre, originario de aquel pueblo gallego, Soutelo de Montes, famoso por el gaitero Avelino Cachafeiro. Por cierto, y pese a ser un dato quizá innecesario aquí, ambos habían sido buenos amigos en su juventud. De ahí que entre mis fetiches guarde un disco único de pizarra que Cachafeiro grabó en Radio Pontevedra en los años cuarenta y que mi padre conservaba entre sus recuerdos más apreciados. Volviendo al apellido, decía que me hartó de explicar que, pese a su sonoridad, no soy italiano. ¡Ah! disculpen, mis colegas de más confianza me apodan "Big" Frank por mi cuadratura corporal, claro, que no gordura.

Soy detective privado y así sale en la guía telefónica, en la plaquita del buzón y por supuesto, en la puerta de mi oficina. Sin embargo, en el recuento literario de mis peripecias (lo de "literario" va para potenciar su trascendencia, ya saben...), a veces, sólo a veces, sustituyo el *privado* por el *particular* porque mi estilo y mis casos se salen un poco de lo acostumbrado a leer en las novelas y a ver en las películas. Tengo el despacho en un edificio sólido, de aspecto frío y paredes de ladrillo de color rojizo, levantado en los años treinta y ubicado en la parte antigua de Los Ángeles, pero necesitado de una urgente remodelación que no acaba de llegar porque así lo quiere la inmobiliaria, con premeditación, empeñada en hastiar a los inquilinos para despejar el camino a sus pretensiones especulativas. El solar vale un

saco repleto de millones de dólares, pero tampoco se molestan en tentarnos con una oferta decente que nos invite a largarnos.

Imagino que, a la vista de todo esto, es natural en ustedes una cierta sensación de despiste. Me huelo la desconfianza: ¿Qué hace un tipo como tú en un sitio como ese? Tranquilos que todo llegará.

Mi viejo fue uno de los que no tuvo más remedio que largarse por el cristo del 36. Y fue de los últimos en salir, pues para eso intentó resistir en el infernal Frente de Teruel, donde acabaría luciendo apresurados galones de sargento porque cada vez eran menos los aptos para el combate. Perdida la guerra, embarcó hacia México después del obligado paso por un "centro de acogida" francés, que sonará fino, aunque sea un puñetero eufemismo para ocultar algo tan jodido como un campo de concentración. Pero encontró el ambiente muy espeso en el país de Moctezuma.

Había tenido como profesión la de guardia de asalto, era un convencido republicano, y el hombre no veía con gran entusiasmo el futuro prometido por las manos tendidas del presidente Cárdenas. Según él, la compulsiva generosidad del caudillo mexicano respondía más a las ingentes cantidades de oro entregadas por la República española, que a una voluntad real de ayudar a los exiliados. Siempre insistía en cambiar la versión oficial sobre las bondades del cardenismo cuando hablaba sobre aquellos tiempos, aunque, por cierto, no hablábamos con mucha frecuencia.

Finalmente pasó como clandestino a los Estados Unidos llevando unos arrugados papeles que le acreditaban como ex-guardia y ex-combatiente, cualificaciones que implicaban respeto por los uniformes y dotes de autoridad, supongo. Con la ayuda de algunos paisanos influyentes, y después de buscarse la vida como estibador, acabó ingresando en la policía de Nueva York, cuando apenas superaba los treinta años y cuando admitían muy pocos hispanos en el cuerpo. Su experiencia en las trincheras y su antigua profesión, al parecer le habían servido de mucho para hacerse con el puesto, aparte las circunstancias de la Segunda Guerra

Mundial, que había enviado a muchos varones al frente europeo y después al asiático, provocando un déficit natural en el servicio.

Se casó más adelante con una hija de emigrantes de Muros, algo más joven, y aquel matrimonio generó una mujer y un varón. Hasta su jubilación fue patrullero de a pie en Long Island, muy popular porque en aquellos tiempos todavía se conocían todos en el barrio y un guardia era algo más que un guardia.

En mí no se dio aquello de “en casa de herrero, cuchillo de palo”, y acabé ingresando también en la policía, si bien en cuanto me fue posible, me largué a Los Ángeles. Ciertamente que en lo de largarme al Oeste pesó el clima californiano, más generoso que la humedad neoyorquina para mis delicados bronquios, pero también influyó bastante la fascinación que Hollywood ejercía sobre mí desde chico. Con el tiempo acabaría dejando el trabajo policial (no voy a contar todavía el cómo y el porqué, que eso queda para otra ocasión, pero adelanto que tuvo bastante de traumático por causa ajena) y me arriesgué a ejercer como detective por cuenta propia.

Me considero plenamente integrado en el ambiente de Los Ángeles y voy sobrado de curro, aunque ahora me permito aceptar sólo los casos más rentables, excepto, naturalmente, en tiempos de vacas flacas, que también abundan, y en los que el remedio es andar a cuanto caiga. No voy falto de gastos y encima no desprecio la vida y las mujeres, si ambas cosas son buenas y no requieren demasiados esfuerzos. Ando por los cincuenta y dicen que tengo un aire a Willian Holden cuando el actor era de mi tiempo. Considero exagerado el entusiasmo, pero tampoco voy a flagelarme reivindicándome un espantajo. Puede que algo haya en lo de parecerme a Holden porque las señoras se me dan razonablemente bien, tampoco voy a negarlo. Al menos no tengo necesidad de aflojar la billetera para... ya me entienden.

Reafirmo mis orígenes paternos, como es natural y porque lo contrario sería de mal nacidos. Siempre recuerdo el tiempo de Navidad cuando recibíamos desde la vieja Breogania (de Breogán hablaba mi padre, y en su recuerdo me gusta

nombrar así a su Galicia) una modesta tarjeta con las felicitaciones rubricadas por toda la parentela, y recuerdo también los paquetes que les correspondíamos con ropa nueva e incluso juguetes, porque sabíamos que allá eran tiempos de miseria. Nosotros éramos los “americanos”, pero en casa, en un edificio al pie del Hudson, se hablaba con frecuencia del país y en su lengua, sobre todo mi padre. Tenía una pequeña biblioteca con ediciones gallegas, muchas impresas en Argentina o recibidas desde allí, que acabé heredando yo, y también frecuentaba el entonces todavía modesto local de la Unidad Gallega de Nueva York a donde iba diariamente a jugar al dominó (por cierto, el infarto que le fulminó, ya jubilado, le dio allí, sobre las fichas de dominó).

Será por todo esto que mantengo contacto con mi gente de allá y si el chollo y mi liquidez no ahogan, muy de cuando en vez, quizá menos de lo que quisiera, subo a un avión y me planto en Compostela, en donde alquilo un coche para perderme por carreteras y corredoiras a recrearme en los paisajes, al tiempo que me avituallo de literatura y música *da Terra*, aconsejado por mis primos y sus hijos.

Mientras, dedicado a mi oficio de detective, procuro saciar el cuerpo y el espíritu hincando el diente en los platos de mis ancestros, visitando regularmente O Peirao (así como suena, Pei-ra-o, nada del autóctono Peirao's o del ridículo Chez Peirao...), el caro restaurante de un oriundo de Cambados que, como yo, también es hijo de un represaliado del 36. Benito, Beni para los amigos (aquí le dicen algo así como un horroroso Beni-tó) posee un negocio cojonudo en la ribera de Santa Mónica, y procura mantenerse fiel a los platos de sus ancestros. Regresó un tiempo allá para mejorar su formación y volvió forjado un cocinero de enjundia. Su clientela está entre lo más selecto de esta ciudad, en la que corre el dólar como los galgos en las carreras, y trata de abastecerse con productos de primera calidad, importados vía Miami, o sustituyéndolos por cosa semejante del campo y de la ribera californiana. Ofrece un pulpo *á feira* en *caldeira* de cobre, que ya quisieran muchos *pulpeiros*, y domina el preparado de las carnes como pocos, sobre todo al pote.

Hace ya bastantes semanas, un editor de *pulps*, animado por un generoso reportaje en el dominical de *Los Angeles Times* a propósito de un caso que había resuelto felizmente y en consecuencia con una cierta resonancia mediática, me propuso sacar mis memorias como hombre de acción, pero en principio me negué de plano porque no me daba la gana quemar horas tecleando.

También soy profesional obsesionado por economizar balas, quiero decir que procuro ocasionar poca cantera en cosa de muertos y heridos, aunque a veces la violencia, ya se sabe, acabe siendo inevitable.

No entendía su interés por un detective que dispara poco, reniega del tabaco y se sale bastante del tópico alimentado por el cine y la literatura de medio pelo. El editor insistió e insistió, hasta que finalmente lo logró con el recurso más poderoso: una oferta económica imposible de rechazar y la providencial ayuda de un "negro" (ya sé que la palabra chirría, pero así llaman a quien escribe por otros ¿no?), me convencieron para relatar algunos de mis casos más insólitos, bastantes por cierto, que Norteamérica es un cajón de sorpresas.

Me limité a dictarlos en docenas de horas ante una casete y a dejarle husmear en los expedientes de mi archivo, al parecer para redondear las tramas con los informes, sacar nombres y direcciones, en fin, los recursos necesarios para amañar un relato entretenido y con pretensiones de apasionar. Lo de "apasionar" es palabra suya, del "negro". También tuvo acceso a mi secretaria, Pat Pérez, e incluso a algunos de los protagonistas, supongo que con la misma intención documentalista. Llegó un momento en que ya me resultaba un poco coñazo con tanto preguntar y puntualizar, pero al final la cosa no salió mal.

Historias para acabar en una papelería de la estación del tren al final de un viaje con paradas o en la de un aeropuerto después de un vuelo de pocas horas. Eso sí, pedí al tal "negro" (en realidad un mestizo originario de Cuernavaca), que mantuviera mi narración en primera persona hasta donde fuese posible. Creo que las cosas suenan como más auténticas cuando las cuenta su protagonista. Y nada de *caralladas* de estilo. Directo al grano. Si no se realizaba con estas condiciones, no